

del niño prende la virtud más fácilmente que en el del adulto, porque aquél es tierra blanda y fértil; pero también lo es, que más fácilmente se seca si le falta riego abundante y esmerado cultivo, sofocada la inocencia por el ardor de las primeras pasiones. ¡Qué terribles son estos primeros ímpetus de la naturaleza al despertar! Semejantes al soplo de los huracanes, levantan borrascas espantosas en el pobre corazón del joven, cuando éste apenas tiene plena conciencia de sí mismo, y carece de brújula para gobernar la frágil navicilla de su vida. ¡Qué fácil no será el naufragio! ¡Ay! que tal es la suerte de la mayor parte de los jóvenes desventurados que no aprendieron temprano á vencerse á sí mismos: naufragar en el puerto, embestidos con ímpetu furioso por las pasiones bravías de la juventud. ¿Quién podrá resistir á sus embates sin el auxilio de la piedad cristiana? Desengañaos, carísimos oyentes: las impresiones producidas por la fe, el temor santo de Dios, la devoción fervorosa á la Santísima Virgen, la Comunión frecuente, junto con la vigilancia y el consejo de los superiores y una rigurosa disciplina que aleje ó disminuya los peligros, son los únicos medios de salir con victoria de estas primeras luchas de la carne contra el espíritu, que necesariamente habrá de experimentar la pobre juventud.

8. Háblase, en fin, por todas las escuelas educacionistas, de la conformación del carácter del niño, como del supremo esfuerzo de la educación. Y, ciertamente, que esculpir en el tierno corazón del hombre aquellos rasgos de nobleza y de bondad que le han de distinguir toda la vida como sello de su fisonomía moral, es la obra maestra del artista encargado de formar en la materia casi informe de la niñez la imagen del varón

perfecto. *Quid maius, quam adolescentulorum fingere mores?* pregunta el gran Crisóstomo: ¿Hay labor más noble y delicada que la de formar las costumbres de los jovencitos? *Omni certe pictore*, continúa el santo Doctor, *omni certe statuaria excellentiorem hunc duco, qui iuvenum animas fingere non ignoret*: No hay pintor ni escultor que iguale en mérito al diestro institutor de la juventud. Hasta aquí estamos de acuerdo. Pero yo sostengo que la formación del carácter es el gran resultado de la educación religiosa. Y ved si tengo ó no razón.

Para dar consumada perfección á la hermosa escultura, es necesario un ideal, más bien divino que humano, á fin de modelar por su imitación el carácter en toda su belleza y majestad. El ideal del hombre es Jesucristo. Según este adorable, y no del todo inimitable modelo, se ha de formar el carácter verdaderamente cristiano del niño. Para esto, no debe perderse jamás de vista el divino ejemplar. He aquí lo que desdeñan, ó no cuidan de hacer, muchos institutores que blasonan de cristianos. ¿Es esta conducta razonable? ¿Á qué buscar otro tipo del hombre si no puede haberlo más perfecto que aquel de quien se dijo: *Speciosus forma præ filiis hominum*, que es el más hermoso entre todos los hijos de los hombres?<sup>1</sup> ¡Presentadlo á la inocente niñez, y veréis cómo la arrastra en pos de sí! Mostradlo al tierno adolescente, no maleado todavía, y veréis cómo le atrae con encanto irresistible! Jesús ha querido reunir en torno suyo á los niños, los ha amado con predilección<sup>2</sup>; y Jesús es también, por misteriosa simpatía, el encanto de los buenos niños. El niño que no ama

<sup>1</sup> Ps. 45, 3.

<sup>2</sup> Matth. 19, 14.

á Jesús, puede tenerse por perdido; no habita en él la inocencia, es ya víctima infeliz de la corrupción ó del orgullo. Y ¿quién será capaz de redimirle, si aun queda lugar á redención? Nadie más que el mismo Jesús, el cual no se cansa de llamar á la pobre ovejilla descarriada. Mas ¡qué desgracia la del niño á quien, con violencia ó engaño, como no raras veces acontece, se aparta de Jesús! Y ¿cuál será el paradero de esa alma, alejada de su Salvador, sino el abismo de la perdición? Lloremos sobre la suerte de tantos niños de excelentes prendas á quienes la ignorancia de sus propios padres, ó acaso el mismo amor mal entendido y una condescendencia criminal, alejan de la escuela de Jesucristo, robándoles el dulcísimo calor de su cariño y exponiéndolos á casi seguro riesgo de perderse para siempre.

## II.

9. Prestadme, amados oyentes, por un momento más vuestra benévola atención, pues aún nos resta dejar sólidamente establecida otra verdad, complementaria de la que dejamos expuesta: conviene á saber, que, así como el corazón no puede formarse fuera de la escuela religiosa, así tampoco fuera de ella puede dirigirse acertadamente el cultivo del entendimiento. Porque es sentencia del Espíritu Santo que: *el temor de Dios es la base de la sabiduría y de la disciplina*. Seré breve, como las circunstancias lo demandan. Digo, pues, que siendo absurda y falsa la ciencia sin Dios, y aun indigna de llamarse tal, no puede ser sólida ni bien ordenada la instrucción que se da en los colegios si no se vale del apoyo de la piedad cristiana. Podrá parecer exagerada mi afirmación, pero no lo es, si se atiende á que la piedad verdadera, fruto de la educa-

ción religiosa, es la que recaba del cielo auxilios sobreabundantes para adquirir los tesoros de la ciencia; es la que infunde en el ánimo del niño las disposiciones más felices para medrar en el estudio; es, por último, la que centuplica las fuerzas del estudiante, estimulando su aplicación con móviles de un orden superior á todos los motivos humanos.

10. Convengamos, señores, en que la ciencia es don de Dios. Lo es la riqueza, y ¿no lo será lo que vale más que todo el oro, la ciencia? Reconócenlo á la par el sentido común y la Revelación. *Si Dominus magnus voluerit*, dice el Eclesiástico, *spiritu intelligentiæ replebit illum*<sup>1</sup>: «Si el gran Señor quisiese, él llenará al sabio del espíritu de inteligencia.» Y éste será, por regla general, el fruto de temprana y humilde oración. *Si alguno de vosotros necesita de sabiduría, pídasela á Dios, que la da á todos abundantemente*<sup>2</sup>, escribe el Apóstol Santiago. Ni por eso es preciso suponer que toda ciencia, sea cualquiera su objeto y grado, haya de ser infundida en el humano entendimiento por acción sobrenatural y propiamente milagrosa. No, por cierto; que aquí no hablamos de la llamada ciencia infusa. Para hallar exacta nuestra afirmación, basta tener en cuenta en este punto del saber, como en todo, el desarrollo de la libre actividad humana, la intervención natural y necesaria de la Providencia divina. No es, pues, una candidez de niños devotos, como se figuran espíritus superficiales, el fiar de Dios principalmente el éxito de sus esfuerzos escolares; el invocar, como lo hacéis vosotros, al Espíritu de verdad á la hora de iniciar los estudios; ni tampoco el interesar en su

<sup>1</sup> Eccli. 39, 8.

<sup>2</sup> Iac. 1, 5.

favor á los celestiales patronos de la estudiosa juventud, y primero que á todos, á la bienaventurada Virgen María, Madre de la Sabiduría encarnada y Madre cariñosa de los niños. Á todas estas prácticas piadosas, dignas de la mayor veneración, como aprobadas por la santa Iglesia, preside, como se echa de ver, la grande idea filosófica y cristiana, del gobierno de Dios en el mundo, no sólo en los grandes acontecimientos, sino hasta en los más pequeños detalles de la vida. Véase, pues, cómo ensancha los límites de la natural capacidad de aprender la acción de la piedad cristiana, recabando auxilios de lo alto, así para la inteligencia como para el corazón.

11. Pero ella ofrece también otra ventaja inapreciable en el aprendizaje de las ciencias, cual es la buena disposición con que prepara el ánimo de los niños para emprender su estudio. ¡Oh, y cuánto no contribuye esta disposición para hacer en la carrera de la ciencia los más rápidos y sorprendentes adelantos! ¡De cuán diverso modo aprende, en el seno del recogimiento, el ánimo tranquilo y sosegado, y el otro espíritu, revuelto y perturbado y como vagueando fuera de sí mismo! Concentración de la mente, recogimiento de potencias y sujeción de sentidos, tranquilidad y cierto grado de bienestar interno, he aquí la situación de espíritu más adecuada, como lo muestra la experiencia, para fijar las especies en la retentiva, encadenar las ideas y penetrar en las delicadas relaciones que, enlazando los objetos, forman el tejido de la ciencia racional. Pero á la verdad, ¿cómo encontrar en los movedizos ánimos de los niños y en los turbulentos espíritus de los jóvenes esas felices disposiciones, sobre todo de un modo permanente y normal, á no ser por medio de la piedad

que, no sólo en el templo, sino fuera de él, sabe enfrenar los movimientos desconcertados y dotar al alma de maravilloso dominio sobre sí misma? Esto explica por qué los niños más virtuosos, en igualdad de circunstancias, aprovechan más que los disipados y viciosos: *In malevolam animam*, dice el Espíritu Santo, *non introibit sapientia*<sup>1</sup>: no entrará la sabiduría en alma corrompida.

12. Tanto más, señores, que la virtud estimula poderosamente la aplicación del niño al trabajo escolar, presentando á su voluntad nuevos motivos y alicientes para entregarse á él, pero motivos de carácter superior y, por ende, más eficaces que los móviles naturales. Tales son, entre otros, el deseo que siente un corazón piadoso de complacer á su Padre celestial y, por amor á Dios, de obedecer y dar gusto á sus padres terrenales, el cuidado de evitar los peligros que apareja á la inocencia la ociosidad y el pasatiempo, el temor de conciencia de incurrir en grave responsabilidad moral por la omisión de deberes que se consideran sagrados, y tantos otros que á manos llenas suministra la piedad ilustrada, tan ingeniosa como rica de bienestar para los que la cultivan. La experiencia diaria y la de muchos siglos confirman nuestro aserto. La actividad intelectual, como bien sabéis, suele tomar un vuelo inmenso estimulada por los móviles que le ofrece la piedad, inseparable de la rectitud de corazón; y veis aquí por qué manera se extiende el bienhechor influjo de la religión hasta el campo mismo de la instrucción para embellecerlo y dilatarlo. No hay duda, señores: *Pietas ad omnia utilis est*.

<sup>1</sup> Sap. 1, 4.

13. La educación religiosa triunfa, pues, en toda la línea. Ella forma el corazón del joven, y ella también coopera eficazmente á la adquisición de aquel caudal de saber que requiere, como base de ulterior carrera, la incipiente comprensión del niño. *Sapientia et disciplina, timor Domini*: sabiduría y disciplina, cordura y aprovechamiento, he aquí los frutos precoces y ya sazoados del temor de Dios. Fatuidad de carácter, desmoralización de costumbres, lastimosa pérdida del mejor tiempo de la vida, y, sobre todo, del alma y de la eternidad, son, por el contrario, los amargos frutos de la irreligión práctica, y aun de la falta de ejercicios diarios de piedad cristiana. ¡Escoged! no es dudosa la elección... Pero ¿á quién me dirijo en estos momentos solemnes? ¿No es á vosotros, distinguidos alumnos de la siempre católica Universidad del muy religioso Departamento de Antioquia? Pues entonces, la elección está ya hecha, el sistema de educación bien asentado sobre las sólidas bases de la constitución y la práctica, y los resultados hasta aquí obtenidos están demostrando á todas luces, el acierto con que el primer centro de enseñanza del Departamento ha optado por la educación religiosa bajo el amparo y protección de la venerada patrona de la ciudad de Medellín, Nuestra Señora de la Candelaria. Que María, amados jóvenes, sea el faro luminoso que gobierne vuestros inciertos pasos por las difíciles sendas de la vida, hasta introducirnos en la patria de la vida verdadera, es cuanto de todo corazón os deseo. He dicho.

## DISCURSO RELIGIOSO EN EL ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL DE CENTRO-AMÉRICA

(pronunciado en Cartago, C. R., 1881).

Beata gens cuius est Dominus Deus eius.

Dichoso el pueblo que tiene por Señor á su Dios.

Ps. 32, 12.

Señores:

1. En medio del concierto general de voces patrióticas que, entonando himnos á la libertad, repiten en todos los tonos á porfía: «¡Dichoso el pueblo soberano! ¡Dichoso el que ha visto rotas las cadenas de la esclavitud!» permitid, señores, al orador evangélico que, sin turbar la armonía de esos cantos, antes bien completándola con una nota desprendida del arpa melodiosa del Vate-Rey, exclame desde lo alto de esta cátedra con no menor entusiasmo que cualquier hijo de Centro-América: *¡Dichoso el pueblo que tiene por Señor á su Dios!*

Dichosa, en efecto, es la nación que, adornada la frente con la diadema de la libertad política y ostentando en el pecho el glorioso emblema de su independencia del gobierno colonial, se postra reverente ante el trono del Eterno, y en actitud gallarda, pero humilde y religiosa, viene á rendir homenaje de gratitud y juramento de fidelidad al Señor de pueblos y naciones, á Aquel por quien reinan los reyes y decretan justas leyes los legisladores. *Beata gens...*

2. Reconocer y proclamar á la faz del universo la soberanía del Señor, rendirle adoración y vasallaje, no es afrenta para el hombre libre, ni desdoro para el pueblo independiente. Muy al contrario: es la dignidad del hombre y la felicidad de la nación.